

¿Un Papa anticomunista?



El Papa Juan XXIII superó todas las posturas sectarias que adoptaron los Pontífices anteriores contra el socialismo.

La época en que los dirigentes máximos de la Iglesia calificaban estas nuevas corrientes sociales de "perniciosas invenciones", de "funesto error", de "cosas pestíferas" y de "monstruos horrendos", pasó definitivamente con el Papa Roncalli. Aunque ya el inteligente Pío XI había reconocido cincuenta años antes que "el socialismo se inclina, y en cierto modo avanza, hacia las verdades que la tradición cristiana ha enseñado siempre solemnemente, pues no se puede negar que sus peticiones se acercan muchas veces a las de quienes desean reformar la sociedad conforme a los principios cristianos".

Fue Juan XXIII el que dio el definitivo paso de gigante al enfocar la relación entre cristianismo y marxismo con claridad meridiana. Su tesis es bien sencilla: un creyente tiene que ser "siempre coherente consigo mismo", por eso no puede aceptar determinadas doctrinas filosóficas que sean contrarias a la concepción que se desprende del Evangelio sobre el hombre o el mundo. Pero sí puede y debe "cooperar con lealtad", establecer "contactos de orden práctico" y "valorar con equidad... las opiniones ajenas". ¿Por qué? Porque hay que distinguir entre los "movimientos" que los "originaron e inspiraron", ya que éstas —las teorías— a veces "no cambian", pero "los movimientos... están sujetos a cambios incluso profundos", y "estos movimientos pueden llegar a tener "elementos buenos y merecedores de aprobación".

Esos son los claros y meridianos principios que el Papa Juan XXIII enseñó de modo definitivo; y son también los que el nuevo Papa utilizó claramente para su actuación en Polonia.

Conoció Wojtyła en su patria un marxismo ateo, y —por eso en cuanto doctrina atea— se opuso a él. Pero también le tocó vivir en contacto con un movimiento social inspirado en el marxismo, que hoy no representa ya la postura radicalmente antagónica con la que comenzó su historia en Occidente, o la que vivió el actual Pontífice en los primeros años de implantación de un Gobierno marxista en su país.

A Wojtyła le preocupan estos problemas humano-sociales de su tierra. Ha combatido contra el "egoísmo social" sin desmayo, estuviera donde estuviera, encontrándose además con el apoyo de unos obreros plenamente convencidos de la verdad del Evangelio, que llevaron su fe hasta combatir en 1959 por la cons-

trucción de una Iglesia en la nueva ciudad obrera de Nowa-Huta. Cuando el Partido Comunista Polaco prohibió construirla, los propios trabajadores protestaron y hubo incluso muertos y heridos. Pero al final —y a pesar de todo— la población edificó su templo en la nueva ciudad.

Wojtyła ha afirmado, a propósito de ese hecho, dos cosas importantes. La primera, que "sin el apoyo del mundo del trabajo no hubiéramos construido la iglesia de Nowa-Huta en tiempo del estalinismo, desmintiendo así el propósito de hacer una ciudad sin Dios, ni tantos otros templos en la nueva situación de industrialización y urbanización cambiante de Polonia. Incluso sin este apoyo obrero no podría vivir ni la Universidad católica de Lublin ni todos los seminarios del país".

Lo segundo, no menos importante, fue la confesión que hizo a unos amigos siendo obispo de Cracovia: "El gobierno comunista —les dijo— construyó Nowa-Huta para que los obreros dominasen sobre la burguesa ciudad de Cracovia, pero hoy quizá se plegase la burguesía de Cracovia ante la presión del poder político y —en cambio— la proletaria Nowa-Huta le impide hacerlo".

Wojtyła está preocupado por el problema religioso, pero no se inmiscuye en el problema técnico-social, salvo para defender al obrero contra cualquier situación injusta, venga ésta del poder o de la burguesía. Lo que le preocupó ya en el Concilio Vaticano II fue "el hecho del ateísmo"; por eso lo estudió bajo todos sus aspectos, lo mismo positivos que negativos. Para él el ateo no sólo lo es por las razones que hemos aireado los creyentes, sino porque el Dios de los católicos fue frecuentemente el gran alienador de los hombres. Por eso hay que demostrar, más con hechos que con palabras, que "la religión no es alienación del mundo, sino conversión al origen del mundo y a su fuerza, que es Dios". Lo que la Iglesia no debe hacer es "hablar un lenguaje magistral mirando al mundo de arriba a abajo", porque tiene que superar "el modelo clerical", que es el que ella ha aplicado a su actividad y a su estructura.

Gracias a la matizada actitud de Wojtyła, y a la de otros muchos católicos del país lo mismo seculares que clérigos, "la fe y su falta no divide a los polacos en cuanto personas, la amistad entre creyentes y no creyentes, entre sacerdotes y ateos, es un hecho"; "tantos recuerdos de la guerra, y tantos problemas de la posguerra, acercaron a la gente", observa el padre J. Majka. Es que en Polo-

nia —a diferencia de lo que nos ocurrió hace pocos años en España—, "la fe o el ateísmo no son sentimientos fanáticos, salvo excepción". Razón por la cual allí "se crean las condiciones propicias para un diálogo amistoso, un diálogo de respeto mutuo, de silencio común ante la verdad, de contemplación conjunta y de acción común", sigue diciendo este sacerdote católico.

Decisiva fue la visita que Gierek hizo al Papa Pablo VI, llegando a decir el dirigente polaco ante el Parlamento, después de efectuada: "En el trabajo de toda la nación hay sitio para la colaboración de la Iglesia y del Estado", estando dispuesto él "a colaborar en pro del bien común".

¿Cuál es el resultado de los treinta años del nuevo régimen político?: un resultado doble; por un lado, "la Iglesia se ha encontrado ante una nueva realidad filosófica e ideológica", señala el cardenal Wyszyński; y, por otro, la Iglesia "puede comprender mejor esta cosmovisión"; así el régimen político —según sigue diciendo el cardenal primado de Polonia— "hoy reconoce que la Iglesia tiene ciertos méritos en la solución de problemas que rebasan la dimensión socio-económica y forman parte del humanismo, de la persona humana y de su libertad". Esa es la razón por la que el padre Bartnik afirma que "todo parece indicar que en Polonia las teorías marxista y católica avanzan hacia un mutuo enriquecimiento".

Hay que insistir por eso que "si bien los católicos polacos no gozan de una libertad religiosa plena y entera, no se puede hablar de una Iglesia del silencio", como observa con razón la revista católica *Temoignage Chrétien*. Y si hubiera algún peligro de que en alguna parte del mundo pudiera todavía ocurrir esta experiencia negativa, ahí está la promesa de Juan Pablo II de ser él mismo el más calificado portavoz de todos los que están aherrojados por el poder político y no pueden expresarse con libertad.

Aplicar al Papa los conceptos simplistas con los que calificamos en Occidente a muchas personas llamándolas comunistas o anticomunistas, marxistas o antimarxistas, es confundir la realidad, que siempre es más compleja que estas clasificaciones tajantes. ■